

Iarraud / wonsewer / galeano

rama / fló / carlevaro

2

d
p

**LA ESTRUCTURA DE LA UNIVERSIDAD
A LA HORA DEL CAMBIO**

La estructura de la Universidad a la hora del cambio

tomo 2

Rufino Larraud

Israel Wonsewer

Jorge Galeano Muñoz

Angel Rama

Juan José Fló

Domingo Carlevaro

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
Departamento de Publicaciones
Montevideo, Uruguay

La carátula fue realizada por Jorge CARROZZINO
Las gráficas fueron dibujadas por Hugo Pérez

Este es el segundo tomo de la obra que recoge los informes presentados al Seminario de Estructuras Universitarias, organizado por la Comisión de Cultura de la Universidad de la República en junio, julio y agosto de 1967. Dichos informes fueron especialmente reescritos, corregidos y ampliados a los efectos de la publicación de este libro. Del mismo modo, las conferencias introductorias al Seminario, pronunciadas por Darcy Ribeiro, habían sido previamente editadas por el Departamento de Publicaciones de la Universidad en el libro "La Universidad Latinoamericana".

Letras

Angel Rama

Considerar el funcionamiento de las Letras dentro de la Universidad y en la perspectiva de su incidencia en la estructura general del cuerpo, impone: una tarea previa de definición, un breve esbozo histórico, un diagnóstico de su situación y posibilidades presentes. Recién entonces se podrá examinar la propuesta de creación de un Instituto Central de Letras, formulada por el Prof. Darcy Ribeiro, director del Seminario, justipreciando su importancia, sus limitaciones y virtudes, su real aplicabilidad. Y a esa altura se podrán formular varias proposiciones, algunas de radio reducido y de inmediata puesta en marcha y otras más vastas que apuntan a los problemas generales, tanto de la Universidad como de la sociedad a la que le cabe orientar.

Las bellas letras y su progenie

Para comenzar con las definiciones debe señalarse que la palabra "letras" ha abarcado diversos contenidos a lo largo del tiempo mostrando una oscilación significativa marcada. Hoy la Academia Española entiende que significa "los diversos ramos del humano saber" lo que permitiría incorporar prácticamente todos los conocimientos bajo ese rótulo. En la acepción más recibida quiere decir "bellas letras" habiendo perdido el adjetivo definidor, y en la concepción moderna más reciente alude en forma restricta a la literatura o artes literarias o sea al conjunto de creaciones imaginativas que utilizan como expresión la palabra, oral o escrita. Dentro de esta acepción restricta cabe consignar que la fórmula "letras" es simplemente la forma galicada de la palabra "literatura", incorporada bajo el imperio de la cultura francesa en el siglo XIX hispanoamericano, como antes en el XVIII español, y que su expresión nítida dentro de la civilización francesa corresponde al Renacimiento cuando "les belles lettres" se entendieron como la versión de la cultura a través de la escritura y como la herencia de la concepción clásica antigua de los conocimientos humanísticos.

Las letras, al ejemplo de la filosofía, han sido procreadoras de otras disciplinas a las que en un tiempo abarcaron legítimamente pero que progresivamente dejaron desglosar e independizar, reduciéndose, en la misma medida, a un centro operativo esencial. En un momento las letras incluyeron no sólo las disciplinas poéticas sino también las didácticas y las históricas y aun, como una de sus flores preciadas, la oratoria. Posteriormente redujeron su campo conservando la literatura y la historia, así como diversas ramas anexas: elocuencia, gramática, lingüística, etc. El gran empuje historicista del romanticismo concedió independencia y planificación propias a la historia, reduciendo las letras a la literatura. Todavía en el XVII, cuando la querrela de los antiguos y los modernos, y aun en el XVIII a pesar de sus rasgos revolucionarios, el centro de las letras siguió siendo la gran aportación greco-

latina. Ella pasa a ser mera tradición en el XIX y arcaísmo en el XX, desbordada por la incorporación de las letras modernas y contemporáneas.

La especialización positivista

En el campo de América Latina, las letras marcaron la línea orientadora de las universidades coloniales, junto con la filosofía y la teología y esa posición central como componente básico de las humanidades no se modificó sustancialmente hasta muy entrado el XIX con la reforma de las universidades que plantea y realiza el positivismo. En los hechos la concepción aún vigente de la Universidad se la debemos al positivismo que es el primero que establece el cientificismo como ley de los estudios universitarios y concibe la separación tajante de los ramos del saber como instrumento para conquistar los niveles de especialización que le reclamaba la nueva estructura económica de la modernización refleja. El positivismo estuvo puesto al servicio de lo que en el XIX se llamó "Plan de desarrollo", concepción emparentada con el desarrollismo de un sector de los actuales economistas. Operó así la fragmentación rigurosa de la concepción ecuménica y global del saber; creó entonces escuelas destinadas a formar técnicos, de las cuales eliminó drásticamente las viejas humanidades: tanto la literatura como la filosofía; concomitantemente redujo las letras a una función específica, otorgándoles una categoría equiparable con una técnica más.

Esta transformación pareció en una primera instancia sanamente higiénica, en cuanto deslindó campos del conocimiento exigiendo en cada uno de ellos más altos niveles de capacidad y eficiencia. Así la vio un hombre de letras que además era abogado, José Vasconcelos, cuando decía: "El filisteísmo retórico desapareció de las aulas, de los cenáculos y hasta de la prensa. Pasó la era en que los matemáticos se creían obligados a ser primero poetas, y sólo ingenieros por exigencias mezquinas de la vida; en que los médicos aprendían más latín que química, y nada se diga de los abogados,

que siempre se atribuyeron derechos de dominio conjunto sobre la literatura y la ciencia, estimulados en su petulancia por el abuso romano de llamar elocuencia a las vistas en casa-ción y ciencias a los casuismos y triviales orites con que deslumbran al vulgo". Con anterioridad a la aparición de la generación mexicana del Ateneo a la cual pertenece Vasconcelos, la compartimentación de los conocimientos no sólo fue aprobada por los nuevos técnicos —arquitectos, químicos, contadores, veterinarios— que nacían ya excluidos de la calificación de "doctos", sino también por los creadores de las letras, los escritores, quienes adquirían derecho de propiedad aparentemente exclusivo sobre un campo del saber que antes les era disputado por ese universal personaje que Darío, d'après Gourmont definía como "celui qui ne comprend pas", y que era nada menos que: "profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, rastaquover".

Junto a las notorias ventajas que permitieron un avance relativo de los conocimientos pronto se descubrirían los inconvenientes que progresivamente se fueron revelando como mayores de los previstos y que al presente paralizan tanto la evolución de las letras en las Universidades como otros sectores del saber. Consolidar el sistema de especializaciones rigurosas, incomunicadas, significaba establecer, simultáneamente, una visión fragmentada de la realidad y aceptar que ella misma pudiera parcializarse sin mengua de su cabal utilización. La Universidad se dedicó a preparar por carriles separados a los estudiantes destinándolos a una tarea técnica que concluyó por ser el elemento formativo básico de sus vidas, aquél sobre el cual rotó su entero conocimiento del mundo. Automáticamente se generó la incapacidad para las interpretaciones globales de la sociedad y de la naturaleza. Las filosofías eclécticas fundamentaron el sistema. Claro está que debía establecerse un campo para religar todos los sectores en lo que tenían que ver con el funcionamiento de la sociedad humana: en el mismo tiempo del cientificismo y del positivismo universitario se desarrolla intensamente otra especialización, la representada por los políticos. A ellos cabe, en la cosmovi-

sión del desarrollismo decimonónico, la función interpretadora global y el motor que pone en funcionamiento la totalidad social. Nacidos de las facultades de Derecho pronto adquirirán autonomía y ejercerán su especialización ganando el respeto de los restantes técnicos.

En lo que se refiere concretamente a las letras, éstas, derribadas de su trono, pasaron a integrar el sector de los estudios generales, por lo común de segundo nivel, donde se les reconoció una aportación considerable en el establecimiento del gusto, de la sensibilidad y de los principios éticos y filosóficos; en el tercer nivel las letras fueron organizadas para la preparación de profesores del secundario —en lengua y en literatura— a través de las Facultades de Filosofía y Letras y esta misma función le fue disputada posteriormente por los Institutos Pedagógicos. Sólo complementariamente a la preparación de docentes —que insumió las mayores disponibilidades económicas y energías— se consideró la investigación superior humanística como atributo de las letras en el tercer nivel, propiciando institutos de estudios nacionales que contrabalancearon la antigua supremacía de los institutos de letras clásicas. El mejor modelo americano fue el Instituto de Literatura Argentina que dirigiera Ricardo Rojas en la Universidad de Buenos Aires, el cual desarrolló la nueva concepción nacionalista e integracionista de la generación del 10, enfrentada a la urgente necesidad de dotar a una sociedad aluvional —dominada por variados aportes inmigratorios europeos— de una imagen coherente y documentada del pasado argentino; recuperando las aportaciones coloniales, independentistas, cultas y folklóricas, que establecieran el enraizamiento de los inmigrantes y su integración comunitaria dentro de una tradición a la que en principio eran ajenos.

Una cabra que siempre tira al monte

Antes de considerar la participación de las letras en la educación universitaria uruguaya es obligatorio un deslinde general que sitúe las relaciones existentes entre la creación literaria y los estudios universitarios, lo que nos permitirá des-

cubrir una situación especialísima que en nada se parece a la que rige las otras disciplinas que se estudian en las facultades. Las letras conforman una disciplina que no surge dentro de las aulas y cuyos métodos propios poco tienen que ver con los habituales del trabajo docente. La ciencia universitaria ha desarrollado métodos para aplicarlos a la literatura y con ellos se aproxima a una actividad que pertenece de lleno a la cultura aunque no es un producto universitario, logrando rodear, explicar y analizar ese sector de la creatividad humana. Más aún: la literatura se presenta como una invención difícilmente reductible a los patrones académicos y se expresa con mucha frecuencia en contra de tales patrones. Los sistemas de trabajo, las formas de vida, las estructuras del comportamiento y del saber que se desarrollan dentro de las aulas, probablemente estallarían si en vez de estudiar simplemente obras y escuelas literarias se les diera cabida a los creadores y a sus movimientos espontáneos.

Hay en la Universidad disciplinas que casi son exclusivas de ella; por ejemplo las matemáticas. Hay actividades tan definidamente privativas que se puede imponer como ilegal todo ejercicio no autorizado por la Facultad correspondiente: es el caso de la medicina. Resultaría levemente insólito que la Universidad decretara el ejercicio ilegal de las letras para quienes no ostentaran título habilitante otorgado por la misma. Sería decretar la muerte de la literatura, una cabra que siempre tira al monte. Por eso las letras dentro de la Universidad son sólo una pequeña parte de un fenómeno cultural mucho más vasto donde se expresan los diversos estratos del conglomerado social. La Universidad se introduce dentro de ella y la acompaña como una sombra analítica, pero la creación sigue funcionando a espaldas de la Universidad sin considerarse obligada a pedirle permiso para hacerlo.

A la vez ese vasto conjunto de materiales que se retrotrae a las épocas pretéritas de las invenciones orales y cantadas y que fluye ricamente a nuestro alrededor como un envolvente río que todo lo arrastra con su vitalidad, responde autónomamente a una doble vocación que nadie definió mejor, aunque resulte paradójal, que el más exquisito de los poetas hispano-

americanos, Rubén Darío, cuando dice en el prólogo de *El canto errante*: "Mas si alguien dijera: son cosas de ideólogo o son cosas de poetas, decir que no somos otra cosa". La actitud doble de ideólogos y de poetas es la que rige la creación literaria y esos dos principios animan su funcionamiento dentro de la sociedad. Respecto a ellos debe pronunciarse la Universidad cuando encara las obras literarias: análisis, esfuerzo de entendimiento racional, pero fatalmente selección de valores, respuesta a las proposiciones que le plantea la creación plural de una sociedad que visiblemente no es un todo homogéneo.

Y en la medida que la literatura manifiesta artística, idealmente, el mundo de los hombres, en el pasado y en el presente, dentro de una tradición ininterrumpida, todo abordaje intelectual de ese bagaje implica considerar el soñar, el sentir y el pensar de los hombres que, por la operación universitaria típica, debe asumirse en una conciencia crítica y debe reintegrarse, elaborado intelectualmente, a esos hombres. De ahí la gravedad y el riesgo de la tarea, así como las múltiples implicaciones que comporta: toda conciencia crítica elige, dictamina, propone y debe hacerlo sobre quienes no son otra cosa que ideólogos y poetas o, para reintegrarlos en la unidad que son, ideólogos-poetas. Las letras en la Universidad presuponen, por lo tanto, un enjuiciamiento, tácito o expreso, de la sociedad y una proposición sobre su destino.

La Literatura en la Universidad

Dado que no conocimos la Universidad colonial tampoco hemos acarreado la tradición humanística en ella fraguada, al punto que las letras no fueron ese comienzo cultural que llegó a esclerosarse en retórica y hubo que combatir, como en las regiones americanas tempranamente educadas por el imperio español, sino que al contrario las letras advinieron con la Universidad positivista bajo la forma de especialización y su desarrollo posterior fue lento y dificultoso llegando muy tardíamente al nivel universitario.

La debilidad intelectual del medio donde se generaría la nacionalidad, en el siglo XVIII y comienzos del XIX; el escaso peso que la religión alcanzó a tener en la formación de la sociedad —dado que los religiosos han sido de los principales conductores de las humanidades—; el avance rápido que cumplió en la Banda Oriental una burguesía mercantil que promovió la revolución de 1810 y estatuyó sus peculiares formas de vida; el tenaz esfuerzo de europeización cumplido por las generaciones románticas que triunfaron en su empeño; todo eso permitió quemar etapas, dejar atrás las formas de la cultura tradicional y adelantarse en la implantación de los sistemas educativos que pregonaría el positivismo, sin necesidad de una lucha excesiva.

El país conoció cátedras de filosofía y latín en 1833, las cuales funcionaron con intermitencias y eclipses; en 1860 ya conoció cátedras de lenguas extranjeras —francés e inglés— pero sólo en 1883 incluyó la literatura como asignatura universitaria al establecer la primera cátedra que fue ocupada, por designación y por concurso, por el mayor poeta culto del XIX, Juan Zorrilla de San Martín. Fue parte del conjunto de materias que constituían los Preparatorios, antesala de las carreras liberales. En 1900 “la enseñanza secundaria comprendía seis años de estudios y abarcaba las siguientes asignaturas: gramática castellana, latín, aritmética, álgebra, geometría, trigonometría, geografía, física, química, historia universal, historia natural, zoología, zoografía, botánica, cosmografía, filosofía, historia americana y nacional, literatura, francés, gimnástica”. A pesar de esa ubicación de segundo nivel, se la consideró, como al latín, una asignatura de tipo universitario. Es indicador de tal concepción el hecho que en 1906, cuando se planeó ampliar la enseñanza secundaria bajo la forma de liceos departamentales, no se incluyó a la literatura en el plan de estudios, limitándose a establecer un curso de “lenguaje y composición”. Dichos liceos secundarios se proyectaron como formadores de técnicos y funcionarios de nivel medio y no como antesalas de las carreras liberales, de modo que se prefirió prescindir en ellos de aquellas asignaturas que contribuían al enriquecimiento del estilo, al repertorio de citas, a

las técnicas retóricas y al desarrollo de las ideas, que quedaban reservadas a los Preparatorios.

Pero la literatura había de abrirse a los estudios secundarios en todo el país por natural gravitación, aunque manteniendo el esquema culto y europeísta que signó los programas que los diversos profesores, a partir de Zorrilla de San Martín, redactaron para los Preparatorios. Eran programas abarrotados de nombres y escuelas a lo largo de los cuales se recorrían las letras occidentales desde sus orígenes, con especial atención por la literatura española, como se registra en los apuntes de clase del profesor Samuel Blixen.

De facto una superposición de los programas europeístas, de los estudios franceses y los programas nacionales españoles. De allí procede una situación insólita que creo única en el mundo: hasta el día de hoy no existe ningún curso de literatura nacional expuesta coherentemente, en los estudios de segundo nivel. Tímidamente se han incorporado a los programas cronológicos —o, desde la reforma de Secundaria, en los liceos pilotos, según una estructura de géneros literarios— algunos autores uruguayos, dentro de una sección que complementa a los españoles e hispanoamericanos; pero el habitual curso de literatura nacional de los colegios secundarios europeos y americanos, no existe en el Uruguay. En todo el país existe un solo curso dedicado exclusivamente a la literatura nacional, que es el que se dicta en la Facultad de Humanidades y Ciencias. El correspondiente del Instituto de Profesores Artigas refunde asimismo las letras iberoamericanas y las nacionales. La única modificación sustancial de los viejos planes ha consistido en la drástica reducción del número de autores, prefiriendo el estudio intensivo al extensivo, bajo la forma de lo que los franceses —casi únicos maestros de los redactores de planes de literatura en nuestro país— llaman la explicación de textos. El sistema, tal como se aplica entre nosotros, suma Escila y Caribdis, abriendo ancho campo a la improvisación, al inefabilismo y a la falta de rigor en el manejo de la información crítica. Su virtud visible es el entrenamiento en una lectura minuciosa, con lupa, de los textos clásicos.

En el nivel superior, el país dispone de dos centros donde se estudian las letras. Uno es la Facultad de Humanidades y Ciencias: el primer proyecto de creación es de 1914, pero su inauguración recién se efectúa el 3 de mayo de 1946. El otro es el Instituto de Profesores Artigas que inicia sus funciones en 1951 sustituyendo el anterior régimen de la Sección Agregaturas que venía de 1934. Mientras el primero, de conformidad con sus reglamentos, tiene como finalidad mayor la enseñanza superior y la investigación, poniendo el acento sobre ésta, el segundo se dedica expresamente a la formación de profesores de enseñanza media y, aunque se trata de un instituto de nivel superior, funciona administrativamente en la órbita de la enseñanza media. Los dos organismos se reparten las funciones que normalmente acumulan las Facultades de Letras en otros países: uno enseña e investiga, otro prepara docentes. Con el agregado, algo insólito, de que el título de Licenciado que extiende la Facultad de Humanidades y Ciencias no es habilitante para la docencia y no es reconocido por el Consejo de Enseñanza Secundaria sino como un mérito.

Son ambas creaciones muy recientes, correspondientes a poco más de los últimos veinte años, y surgieron en un país que, salvo algunos intentos nunca estructurados orgánicamente —como el Instituto de Estudios Superiores,— no contaba con antecedentes en la materia. Eso creó un primer problema: el reclutamiento de cuadros intelectuales, ya que al aparecer ambas instituciones no había en el rubro letras, profesores preparados específicamente a ese nivel. La situación habitual en otras facultades, donde el profesor dicta matemáticas y ha cursado estudios de ingeniería en la pertinente casa, o dicta biología y ha cumplido estudios de médico, no tiene equivalente tratándose de profesores de letras. Originariamente el reclutamiento se hizo apelando a profesores de literatura de la enseñanza media quienes, por otra parte, dada la falta de institutos de preparación de profesores, eran hijos de la autodidactia o habían cumplido estudios en el exterior con motivo alguna beca. Las excepciones corrieron a cargo de los profesores extranjeros radicados en el país que tenían estudios cursados en Universidades extranjeras.

Estas precisiones no se formulan como crítica y hasta puede estimarse que la formación no académica de los profesores comporta sensibles beneficios de apertura, invención y enriquecimiento de los estudios universitarios, pero no puede ignorarse que también significa fallas en los métodos, lagunas en el conocimiento ordenado y en particular desenfoque sobre la imprescindible formación de nuevos equipos intelectuales. Esto último se hizo muy patente en el caso de la Facultad de Humanidades. Aunque su planteamiento inicial, sólo parcialmente corregido luego, de consagrarse al estudio superior sin ninguna clase de inmediata función social, ni de planes sistemáticos, nos obliga a no aceptar las críticas que se le formularan insistentemente haciendo caudal del bajísimo número de egresados, en cambio puede sí reprochársele que en un período tan extenso no haya sido capaz de formar equipos de recambio: son excepcionales los profesores de letras de la actual Facultad que se hayan formado en sus aulas.

Otro aspecto en que la creación reciente de los dos institutos superiores de letras no se tradujo en aplicación de criterios modernos, son los planes de estudio. El de Humanidades, creo que atribuido al Dr. José Pedro Segundo, se fundó sobre la enseñanza de las lenguas clásicas, de la lengua y literatura española y sus derivados hispanoamericanos y nacionales con el aditamento de algunas literaturas nacionales de incidencia sobre la formación uruguaya: francesa, inglesa, italiana. Es un mero recuento de literaturas, cada una encajonada en el trillo nacional respectivo, tal cual el modelo del XIX. El del Instituto de Profesores registra tres literaturas generales —clásicas, medievales, renacentistas y modernas— más una iberoamericana y uruguaya, lo que permite una mayor flexibilidad operativa en el análisis de los fenómenos literarios, dentro de las limitaciones imperiosas de extensión de los programas y restricción de horas. Esta situación, a pesar de algunas enmiendas ya introducidas y de planes recientes a estudio, no ha tenido modificación sustancial. Veremos más adelante algunas de sus insuficiencias notorias.

Diagnóstico 1968

Hecho el rastreo histórico sobre cómo se desarrollaron los estudios de letras en el país y cuáles rasgos presentes derivan de instancias pasadas que se conservan tradicionalmente, corresponde pasar al diagnóstico de la situación actual de esos estudios. Es un capítulo corto y no demasiado rico que desarrollaremos con el análisis de la Licenciatura de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias y el sector de Idioma Español y Literatura del Instituto de Profesores Artigas.

El plan de letras de la Facultad de Humanidades es de 1950 y está en proceso de modificación que no lo afectará en lo esencial dado que no comporta creaciones importantes ni altera el sistema de literaturas nacionales. Cuenta con 23 cursos que en el nuevo plan se reducen en una tercera parte, aproximadamente. De ellos sólo 17 pertenecen a letras, distribuidos en tres grupos: tres cursos de lingüística; ocho de literaturas clásicas que fundamentalmente son de enseñanza de lengua, y seis de literaturas modernas. Son cursos de tres horas semanales y en algunos casos, recientemente, se han complementado con seminarios mediante el régimen de ampliación de horarios docentes.

Son cursos de tipo monográfico, o sea cursos de investigación superior, aunque conviene señalar que hasta diciembre de 1966 se retribuían con \$ 2.400 mensuales. Como es obvio que ningún profesor vive de esa suma, ellos cumplen otras tareas, docentes o no. De los once profesores de letras que existen en Humanidades, ocho son también profesores del Instituto de Profesores o de Enseñanza Secundaria. Si se estima que un curso monográfico de alto nivel impone unas cuatro horas diarias de trabajo durante todo el año lectivo, se comprenderán las dificultades a que hacen frente los profesores para cumplir con tal exigencia. Que a diferencia de lo ocurrido en universidades del exterior, los cursos monográficos de la Licenciatura de Letras no se hayan transformado en libros, es índice que, cautamente manejado, apunta a la precariedad en que se ven forzados a trabajar los do-

centes. Agréguese que hasta el momento hay un solo profesor full-time de letras: el catedrático de latín.

Dispone además de dos Departamentos —el de Lingüística y el de Literatura Hispanoamericana— que en los hechos nacieron como ampliaciones de cátedras; hasta 1967 estuvieron atendidos solamente por su correspondiente jefe y un empleado administrativo. Posteriormente se comenzó a dotarlos de una estructura de asistentes y ayudantes de investigación que permitieran mayores posibilidades operacionales, incluso encarar un plan colectivo de investigación, dado que durante largo tiempo su personal sólo consentía la tarea de estudio e investigación de un jefe, amén de la atención de los asuntos administrativos, que es una de las paradójicas ocupaciones para la cual la Universidad designa a especialistas docentes. El nuevo plan contempla la creación de nuevas secciones y Departamentos (uno, indispensable, de Literatura Uruguaya) y se ha comenzado a dotar a las cátedras de un escalafón jerárquico mediante ayudantes y asistentes. En el capítulo de estructuración de los servicios de docencia e investigación mediante Departamentos, la tendencia es distinta a la propuesta en este Seminario. Aquí se ha hecho caudal de una planificación concreta, que consiste en crear organismos en la medida en que se cuente con especialistas de probada dedicación y a los cuales débensele proporcionar los medios adecuados de trabajo. Esta orientación es correcta en su restringido campo pragmático. Pero no debe ser opuesta a otra según la cual, consultando los intereses de la cultura nacional y el deseo de impulsar sectores universitarios, se busque desarrollar, con los recursos intelectuales disponibles, determinadas disciplinas. Una y otra orientación padecen del anquilosamiento burocrático que signa a la Universidad otorgándole pesadez y lentitud para adaptarse a las situaciones cambiantes, de tal modo que toda institucionalización, ya sea por disponer de un elemento capacitado o para fomentar un avance en una disciplina, tiende a consolidarse en forma permanente aunque hayan cambiado o incluso desaparecido los motivos iniciales. Sin contar la abundante cuota de personalismo que distingue la vida universitaria.

En el campo práctico del trabajo débense apuntar algunas carencias. Es visible la pobreza bibliográfica, sobre todo en materia de publicaciones periódicas especializadas, aunque el grado de incidencia varía según las asignaturas, pasando de pobre a muy pobre. Es evidente en el campo de las letras clásicas, medievales y renacentistas, disminuyendo su gravedad en las letras modernas y contemporáneas. En todo caso es normal que los profesores trabajen con bibliotecas personales por no disponer de suficiente material en las de Institutos o centrales.

El material de laboratorio es casi inexistente, lo que en algunos casos obedece al desinterés de los propios docentes por las investigaciones mecanizadas que se han intensificado modernamente en los centros europeos y norteamericanos, y en otros a la falta de recursos o, lo que es peor, a la desconfianza de los administradores de la Universidad por estas inversiones en el campo de las letras. Para señalar un solo ejemplo de estas necesidades se puede evocar el campo de la lingüística computacional y en general la aplicación de las computadoras a las investigaciones literarias, paralizada por años a la espera de que la Universidad dispusiera de una computadora.

Por último en lo que respecta a planes de estudio, ya se apuntó el sistema arcaico de estudios con que nacieron los organismos más jóvenes de los estudios superiores —Facultad de Humanidades y Ciencias (Sección Letras) e Instituto de Profesores (Sección Literatura)—, apegados al régimen de historias nacionales de las literaturas en el primer caso, y de períodos cronológicos en el segundo. Tal conservatismo sobrevive a los planes en actual discusión para renovar el viejo esquema. Como es sabido, las renovaciones en estudios literarios han venido de campos contiguos —la lingüística, el estructuralismo— pero sobre todo de campos lejanos —las ciencias sociales, la antropología, la economía, la psicoanálisis— estableciendo nuevas líneas de especialización que ya no son las que responden a una determinada lengua o a una determinada literatura nacional, sino a concepciones críticas, a enfoques metodológicos que atraviesan horizontalmente

aquellas antiguas disciplinas. Esto va generando un cambio radical de la organización universitaria de estudios de letras en aquellas instituciones que pueden apelar a una mayor plasticidad, como ser las que utilizan el sistema de cursos y no de cátedras, pero choca con la oposición de una estructura excesivamente rígida en el caso de nuestro país.

Como índice de este anquilosamiento puede apuntarse la carencia de dos cursos interdisciplinarios que ya son tradicionales, incluso en Universidades latinoamericanas. Me refiero a la estilística y a la literatura comparada, que fueron dos innovaciones, actualmente con sus buenos cincuenta años de existencia, en este intento de establecer cortes horizontales dentro de las distintas literaturas. Hoy ambas han sido superadas por las aportaciones del estructuralismo, y es posible que tardíamente, cuando hayan avanzado hacia su agonía, se piense en instituir cursos de estilística que respondan a la enseñanza primisecular de Vossler o de Spitzer. Alguien podrá objetar este planteo señalando que pensar en una modernización de los estudios resulta excesivo cuando ni siquiera se ha cumplido cabalmente con el viejo sistema, visto que la Facultad carece de cátedras de literaturas germanas, nórdicas, eslavas, que conserva una cátedra de literatura inglesa que no incluye la literatura norteamericana, que nada ha sabido de la existencia de las literaturas orientales y que ni siquiera incluye estudios sobre una literatura tan vecina como la luso-brasileña.

En todo caso las insuficiencias anotadas justifican la posición que asumimos: considerar imposible, con los recursos actuales, el doctorado en letras. Me parece de obligada honradez decir que no puede pensarse en instituir un doctorado dentro de un plano académico aceptable, única manera de que el título dispensado por la Universidad de la República sea algo más que un diploma para enmarcar y funcione con dignidad en el campo universitario internacional. Incluso para obtener un nivel apreciable en las licenciaturas se debe cumplir un esfuerzo disciplinado de elevación de los estudios y trabajos universitarios. Así, el proyecto de eliminación de la tesis para la obtención de la licenciatura, que se ha conside-

rado un buen instrumento para combatir la deserción universitaria en Humanidades —que obedece a otras causas, en primer término a las derivadas de la falta de habilitación docente del título que expide— no resulta adecuado a este esfuerzo que reclamamos para jerarquizar la carrera en letras.

Respecto a la Sección Letras del Instituto de Profesores Artigas no intentaremos una diagnosis por cuanto quedará englobado en el análisis que le consagrará el Prof. Domingo Carlevaro al tratar de las Ciencias de la Educación y por cuanto en él los estudios de letras están adecuados a las necesidades de profesores del segundo nivel, más que a la investigación superior, aunque cabe anotar que los profesores del Instituto han suplido esa carencia estableciendo un régimen intenso y exigente de trabajos de pasaje de curso, de tipo monográfico, que ha contribuido a desarrollar líneas de investigación original. En lo demás existen condiciones similares a las de la Facultad de Humanidades y Ciencias (Sección Letras), con una reducción mayor del número de cursos y una menor cantidad de horas dedicadas a las especializaciones.

Nueva estructura para nueva sociedad

Para encarar nuestro tema específico considero pertinente una previa referencia al enfoque estructural que se nos propone. No estamos meramente en un seminario sobre reforma de la enseñanza universitaria o sobre bases para una Universidad futura —aunque ambos asuntos quedan tácitamente implicados en nuestra tarea— sino en un seminario sobre estructuras. Si la palabra tiene otro alcance que el de simple ordenación de partes, nos remite a las tesis del estructuralismo. Una de sus referencias primarias dice que la descripción estructural de un organismo no sólo nos proporciona el conocimiento de su articulación inteligente sino que nos proyecta automáticamente al modelo al cual pertenece y a la estructura general dentro de la cual funciona. O sea que toda consideración de un sector de la realidad implica la

totalidad social, no sólo como articulación de estructuras, sino también en cuanto órdenes de significación ya que las estructuras y sus funciones consolidan los sistemas vigentes de una determinada sociedad en una determinada circunstancia histórica.

De acuerdo a ello, el rápido esbozo histórico de nuestra estructura universitaria presente (en lo referente a letras) con el que comenzamos esta exposición, permite también seguir el desarrollo de nuestra sociedad y la inserción que en sus propósitos y cometidos cupo a la Universidad. Por lo mismo toda modificación estructural de esta Universidad que entendemos esclerosada, no tiene ninguna viabilidad ni sentido si no comporta una modificación de la estructura social, o la previsión de otra, distinta de la actual, con la cual coordinarse. En términos generales y promediales diríamos que se está buscando una Universidad para un cierto modelo de sociedad en proceso de desarrollo, dotada de un dinamismo creador que sin embargo no imponga la cancelación del sistema social vigente sino su gradual modificación, apostando sobre la contribución que una nueva Universidad podría tener sobre ese proyecto impreciso de nueva sociedad.

Eso quiere decir que toda proposición concreta sobre nuevas estructuras universitarias responde a un subrepticio perspectivismo que es previo y condicionante de nuestro análisis. Incluso cuando se propone corregir insuficiencias menores en el funcionamiento de algunos servicios introduciendo modificaciones microestructurales, se responde a un nivel de conocimientos y de exigencias de trabajo que son los demandados por una sociedad desarrollada, en plena dinámica creadora, como que de ella las aprenden los profesores que las reclaman.

Sin embargo aquí procedemos a un recorte que aísla la Universidad del contexto donde se realiza, contrayéndonos exclusivamente a su examen; pero a la vez, subrepticamente, postulamos una modificación armónica y futura de la sociedad a la que sirve. Para saber cuál sea ésta podemos interrogar las proposiciones que se han hecho, vista la indicada coordinación de estructuras que anotábamos. Previamente

dejemos salvada la oposición a una forma de trabajo que reclama una transformación social y a la vez la escamotea del debate, en un juego dual que testimonia claramente una voluntad modificadora y hasta revolucionaria que al mismo tiempo se frena a sí misma merced a una no dicha avaluación de las actuales instancias del poder.

La creación de un Instituto Central de Letras que formula el Prof. Darcy Ribeiro es parte de una propuesta general destinada a desarrollar los institutos de investigación por encima de las escuelas —o facultades— de preparación de técnicos, profesionales y especialistas, lo que permitiría poner el acento en las tareas de búsqueda original y en la conducción de los restantes estudios a partir de ella. Dentro de tal concepción general, que ya fuera discutida en las reuniones preliminares de exposición, cabe considerar aquí la situación privilegiada que se confiere a las letras dentro de las distintas disciplinas humanísticas, ya que la propuesta no atiende de igual modo a la historia, la filosofía, la psicología, la sociología, la antropología, que pertenecen al mismo campo de los conocimientos. Puede sorprender la categoría que se le otorga y que algunos entenderán dependiente del peso tradicional de las "bellas letras".

No hay duda que ese peso tradicional existe así como que responde a exigencias profundas de los conocimientos. Pero a la vez puede detectarse la presencia de una concepción precisa de las letras y de su función en la sociedad moderna, muy alejada por cierto de aquella humanista del Renacimiento. Se trataría de una concepción sociologista y antropológica que ve en las letras el instrumento privilegiado de la mediación y por ello de la acción sobre todo el cuerpo social, proporcionándole una imagen válida, coherente y eficaz —como que se manifiesta en las formas concretas de la creación literaria,— de su significado, misión y destino. Más que cualesquiera de las ciencias, más incluso que el arte ya que dispone de la palabra y mueve ideas, sería la literatura —entendida en un registro muy amplio— la comisionada para interpretar y dirigir las ambiciones de una estructura social, religando sus partes. Y esta función se acrecienta al considerar

que cabe a las letras la elucidación del sistema comunicante fundamental —hasta ahora— de la humanidad: la lengua.

En esta apreciación —de la que estoy muy cercano— entiendo que está ausente, lo que define los límites del perspectivismo social de que hablábamos y que estimábamos opción previa al análisis de las modificaciones estructurales, la filosofía. Supongo que un sacerdote, puesto ante un caso semejante, propondría que ese Instituto Central de las humanidades estuviera consagrado a la filosofía, y algo semejante es posible que propusiera un marxista —pienso en Régis Debray, que dirigiera el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana— de tal modo que la elusión de la filosofía puede interpretarse como la ausencia de una proposición concreta y sistemática en materia de pensamiento, de orientación ideológica general, que a su vez respondería al eclecticismo de una sociedad en desintegración, la cual todavía no ha encontrado una nueva vía que interprete su desarrollo histórico. En el vacío ideológico del liberalismo agonizante pero aún dominante, en la indecisión sobre la línea a seguir que todavía no ha sido trazada en el cuerpo social, la filosofía resulta postergada y las letras ocupan su lugar.

Obviamente esto no reduce la reconocida importancia de las letras como disciplina del conocimiento, pero me inclino a considerarlas como parte de un díptico tradicional donde la interacción de ambos sectores me resulta progresivamente definitoria. Eso nos llevaría a proponer, como en la formulación de las facultades tradicionales, un Instituto de Filosofía y Letras; ya no como mera contigüidad de dos disciplinas, tal como en la práctica fueron compartimentadas por las Facultades específicas, sino como las dos partes de una tarea común. Es posible que el puente pudiera establecerse a través de la teoría de las ideologías, o, utilizando algunas proposiciones de Whitehead, mediante los contenidos espirituales que determinan la jerarquía de los valores artísticos en el campo restringido de la literatura. Del mismo modo, y a la recíproca, la inclinación notoria de la filosofía moderna por la creación literaria y sus múltiples significados —tanto en la línea exis-

tencial (Heidegger) como en la línea marxista (Schaff, Kossik)—también evidencia este acercamiento entre ambos territorios.

La reconstrucción de este díptico tradicional que vincula filosofía y letras, me parece más coherente dentro del modelo estructural implícito en la propuesta del Instituto Central de Letras; en esta contrapropuesta está subyacente una opción muy clara acerca de la nueva sociedad dentro de la cual funcionaría esta Universidad transformada cuya imagen estamos tratando de diseñar. Sería una sociedad que no respondería ya a las coordenadas del neocapitalismo desarrollista, sino que intentaría la vía socialista para su funcionamiento económico y social.

Simultáneamente debe plantearse el alcance que tendría un Instituto de Letras y Filosofía dentro de los cometidos propios de la Universidad, lo que nos conduce, obligadamente, dentro del mismo esquema estructural que debatimos, a la previa asunción de una filosofía educativa. Si pasando de la macroestructura a la microestructura, habemos de encarar cuál sea el funcionamiento concreto de tal Instituto, cuáles sus cometidos y a qué sector social debiera atender, encontraremos que tampoco es posible determinarlos sin atender a la coordinación de su estructura interna con la totalidad social a través del lazo que tiende una opción finalista de tipo ideológico.

Respecto a la Universidad actual todavía parecen regir definiciones que han devenido retóricas y que hablaban del "templo del saber" o del "ara de la verdad", cuando hoy día se ha abierto camino una concepción operativa que aspira a los niveles de mayor eficiencia para la preparación moral e intelectual de los servidores especializados de una comunidad. Este último entendimiento responde a lo que podríamos llamar una filosofía democrática respecto a los fines de la Universidad, que a su vez postula la invención de una estructura interna de los Institutos que no sólo aspire a desarrollar y profundizar los conocimientos sino que considere los distintos planos y jerarquías de la formación intelectual de los servidores de la comunidad.

En varios países latinoamericanos la Universidad cumplió —y claramente en el Uruguay— una función integradora para

un cuerpo social constituido por muy distintos estratos y por una acumulación inmigratoria de orígenes culturales diversos y aun contradictorios. Dentro de ese variado magma la Universidad de la reforma aspiró a obtener recursos intelectuales de todas las clases —cosa que sólo parcialmente consiguió—; facilitó el desplazamiento vertical de los ciudadanos; contribuyó a asimilar los elementos extranjeros desarrollando una cierta unificación nacional. Esa tarea, en líneas generales prolicua, padeció posteriormente del mismo proceso de inmovilismo y retrogradación de la sociedad uruguaya, porque se conformó en lo alcanzado y no fue capaz de identificarse con un dinamismo inventivo, pero aquí, como en otras ocasiones, volvemos a reencontrar los vínculos internos entre la Universidad y el medio.

O sea que la "filosofía democrática" que signó el espíritu de los reformistas cordobeses y aun antes los del Congreso de 1908 en Montevideo, concluyó abarcando solamente un sector social, el correspondiente a las clases medias ascendentes del período, cerrándose al resto de la población, en particular a la clase proletaria y campesina. Tal actitud se tradujo, en el orden de los planes de estudio, por una exclusiva concentración en los niveles superiores, con total desvío por los intermedios; como se ha señalado en el Seminario sobre Estructuras, la Universidad se consagró a preparar generales, sin preocuparse de los coroneles o tenientes. El título de "doctor" fue el centelleante mito que deslumbró a varias generaciones, oscureciendo tanto las especialidades técnicas como la multiplicidad de tareas intermedias que fueron abandonadas al autodidactismo o a la preparación comercial. Si esto se descubrió perjudicial para el propio trabajo de los doctores, también lo fue para el viejo proyecto de integración social y de concesión de oportunidades a todos los sectores, de ahí que una de las operaciones más importantes cumplidas en los últimos años por nuestra Universidad —y atribuible al rectorado del Dr. Mario Cassinoni— haya sido la creación de Escuelas para la preparación de auxiliares de profesionales universitarios.

Si se analiza el censo universitario de 1960 se comprueba que la Universidad uruguaya se integra de un 12 % con es-

tudiantes procedentes del sector primario —lo que constituye, fuerza es reconocerlo, un porcentaje alto en el panorama de las universidades latinoamericanas— aunque ese sector corresponde al 60 % de la población del país. Pero la mayoría de ese 12 % se encuentra en los registros de las Escuelas, puesto que por tratarse de carreras cortas con fáciles oportunidades en el mercado de trabajo resultan aptas a las posibilidades de las familias de bajos recursos económicos. O sea que estando mal representado en la Universidad el sector primario, alcanza una mayor incidencia, siempre distante de la que corresponde a su volumen y peso en la sociedad, en las escuelas de técnicos medios. La vieja filosofía reformista se traduce activamente en la creación de las Escuelas, aunque obviamente está lejos de representar realmente la situación del conglomerado ciudadano. Es difícil reprochárselo a la Universidad solamente, dado que se trata de uno de los problemas que prueban la necesidad de una transformación radical de la estructura social, ni puede encararse un plan de estudios intermedios simplemente para clases inferiores. Es aquí donde se percibe la posición intermedia del perspectivismo social que mueve el plan de reforma estructural propuesto, el cual se sitúa a mitad de camino entre el actual status y una evolución acelerada del país que no postule una modificación esencial de sus actuales bases económicas.

Para concluir este desarrollo digamos que establecidas tales vagas y grandes finalidades educativas, dentro de una filosofía democrática, la estructura interna de que se dotaría a un Instituto de Letras (y Filosofía) debería prever al menos dos planos no necesariamente vinculados o dependientes: el superior de estudio e investigación con una multiplicidad de enfoques, que veremos, pero dentro de las líneas de aspiración intelectual que ya conocemos, y otro intermedio, hasta el presente no considerado dentro de las funciones posibles de los Institutos de Letras, que tiene que ver con la formación de técnicos de nivel medio para distintas actividades sociales que tienen vinculación, mayor o menor, con los cometidos de las letras. Por el prejuicio cultista de estirpe académica, las actividades que exige una sociedad moderna industrializada,

son relegadas a un plano inferior considerando que, como se hace con las tiras cómicas o la televisión, basta despreciarlas para que automáticamente dejen de existir. Más sensato parece distinguir, en cualesquiera de esas nuevas profesiones, lo valioso y permanente de lo espurio; y atenderlas, así como facilitar el desarrollo de nuevas especialidades que abran posibilidades de trabajo en la sociedad actual.

Para citar un solo caso vinculado a una propuesta que formularemos, es necesario crear los equipos intelectuales indispensables al funcionamiento editorial, a saber: preparadores de ediciones, correctores, traductores literarios y científicos, supervisores de idioma y de terminología, diseñadores y emplanadores. Del mismo modo sólo una preparación sistemática puede dar garantías de seriedad y de responsabilidad social en los técnicos en comunicaciones (orales, escritas, audiovisuales, etc.) a quienes compete un campo novísimo y de notorias repercusiones culturales como es el de los nuevos lenguajes de comunicación; sólo planteándose el problema desde un horizonte distinto, el de los lenguajes y su función social, puede aspirarse a sistemas de información correcta al servicio de los intereses verdaderos de la comunidad.

Campos de trabajo del Instituto de Letras

Las anteriores son vistas generales sobre la propuesta de creación de un Instituto Central de Letras. Aceptada como hipótesis de trabajo, una contribución específica tendería a delimitar los campos de acción y trabajo de dicho Instituto, bofetando rápidamente su organización interna.

Distinguiría cuatro campos.

1º Estudios académicos, o sea docencia e investigación superior, regulable sobre el modelo de los institutos especializados ya desarrollados por las Universidades extranjeras de alto nivel pero aplicado a las necesidades nacionales y regionales en primer término. Es esta la zona de libres experiencias, de búsquedas puras, de trabajo original y desinteresado hasta la aparente gratuidad, pero todos estos principios —que

llevaron a la fundación de nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias— resultan mera retórica si no se reconoce de antemano las drásticas limitaciones que le imponen las posibilidades económicas reales, lo que refluye hacia una obligada selección de metas. Considero que las más urgentes son las que competen a la lingüística, a las teorías literarias y a los estudios monográficos nacionales o comarcales.

El buen funcionamiento de este campo implica varios puntos. Un Instituto de Letras no puede existir al margen de una Facultad de Educación, tanto porque al igual que cualquier otro Instituto necesita de un ancho sector de reclutamiento de sus miembros, selección y perfeccionamiento gradual de los equipos intelectuales, como porque la ocupación principal de los especialistas en letras es la educación. Es esa la salida normal que tiene en el mercado del trabajo el estudiante de letras, seguida por las plurales orientaciones de los niveles medios que ya diseñamos. Ya se piense en la creación de una Facultad de Educación dentro de la Universidad —como postula el plan Maggiolo— ya se mantenga el actual estatuto, con un Instituto de Profesores y un Instituto Magisterial de Estudios Superiores, la actividad del propuesto Instituto de Letras deberá coordinarse con los otros organismos dedicados a formación de personal docente, en una tarea obligadamente rectora y orientadora dentro de su especialidad.

El plan de estudios de este Instituto deberá caracterizarse por la flexibilidad y el múltiple ensamblaje de sus partes, lo que permitiría obviar el régimen de cátedras fijas o de secciones de investigación cerradas. Un mecanismo ágil, intercomunicante, que facilite la tarea común y la interacción de las diversas líneas o campos de estudio, es el necesario sostén de un plan moderno que recoja el nivel actual de las investigaciones. Más que enmendar o modificar lo existente convendría ir a una planificación nueva, resguardando su calidad abierta, de fácil acomodación a las búsquedas.

Los profesores deberían trabajar allí en calidad de tales, —más que de ocupantes de un casillero de la especialización,— acompañados de un equipo jerárquico, en un régimen de am-

plia o total dedicación. La dirección, como en una orquesta, corresponde a un director con un ancho abanico de autoridad. Es más que útil, indispensable, la concurrencia de profesores extranjeros. Esto puede parecer absurdo en un período donde la pérdida de talentos es lo normal para un país subdesarrollado, pero es una manera de compensar y aun de frenar esa pérdida, en cuanto ella también responde a las carencias de un equipo altamente dotado del cual participar, y porque permitiría regularla por el sistema de la circulación internacional de los especialistas, una de las pocas vías todavía abiertas para no perder el avance internacional de los conocimientos. Este rubro ha sido poco atendido por la Universidad, lo que ha perjudicado su jerarquía académica y su inserción en el circuito internacional de estudios.

El campo de estudios en letras puede tener, en principio, las dimensiones de la cultura universal desde sus orígenes hasta el presente. Creo que, puestos ante la necesidad de una selección intensa, se debe tender a vincularlo con la creación —que es exterior a la Universidad— en sus manifestaciones modernas. No sólo en cuanto a los temas de estudio y docencia, sino en la conveniente participación de los creadores dentro de una sistemática tarea de cursos y seminarios libres. Este régimen, que ha sido aplicado por las universidades norteamericanas y ahora por algunas europeas, es beneficioso para el funcionamiento abierto de que hablábamos, y restablece la comunicación del recinto universitario con la creatividad.

Por último está el problema de las necesidades inmediatas que plantea una sociedad y que pasan por encima de los mejores planes. Hemos hablado de la formación de técnicos medios en distintas disciplinas que en mayor o menor grado se vinculan a las letras y también hemos apuntado la necesidad de la formación de profesores a través de Facultades de Educación correlacionadas con un Instituto de Letras, entre otros. En este último sector debe apuntarse que el país encara una falta aguda de profesores de enseñanza media y que es urgente adelantarse a una situación que puede ser crítica. Según algunos cálculos podría preverse una incorporación de

25.000 estudiantes nuevos a los liceos en el quinquenio próximo, cuando ya actualmente no se cuenta con profesores para atender las necesidades docentes y se debe recurrir a precarios o a estudiantes de Facultades. Si a esta prospección se suma el enfoque originariamente propuesto de una Universidad para un período de intenso desarrollo de la sociedad, las previsiones se tornan más pesimistas. Cubrir los déficits actuales, comenzar a prever los inmediatos, significa encarar planes de formación acelerada de profesores a través de cursos de menor duración y de mayor intensidad.

No es tarea fácil dado que tampoco se cuenta con una demanda apreciable, vista la retribución de un profesor y la extensión que han alcanzado los estudios. Quizás sea posible mejorar los equipos auxiliares, con que se han llenado las vacantes, mediante cursos de vacaciones; quizás puedan reclutarse candidatos al profesorado en las zonas del interior del país —cuyo porcentaje de representación en los estudiantes del Instituto de Profesores es bajo— mediante un régimen de becas que comporte posteriormente períodos de trabajo en sus lugares de origen; quizás pueda encararse una campaña nacional destacando la gravedad del problema para concitar nuevas voluntades juveniles. En todo caso este punto, que no afecta exclusivamente a las letras ni a las humanidades sino a todas las disciplinas, especialmente las científicas, exige consideración urgente.

2º El segundo campo de acción se refiere al fomento de la creatividad literaria. Visto su funcionamiento fuera de la Universidad, se nos plantea cómo ésta puede colaborar. Desde luego lo hace cuando desarrolla una alta crítica e investigación. Pero puede hacer más. Por una parte puede colaborar con actividades parauniversitarias —típicamente los elencos teatrales, propios o ajenos— mediante la convocatoria de certámenes literarios, la invitación a escritores para que participen de sus tareas internas tal como sugerimos y otras disposiciones colaterales. Pero puede hacerlo de un modo más directo y específico mediante los talleres de escritores. Estos funcionan ya en varias Universidades (en la de Concepción, fundó y

dirigió uno Fernando Alegría) pero también existen independientemente (el Centro Mexicano de Escritores) sostenidos con fondos privados.

Los talleres literarios son verdaderos seminarios donde los jóvenes escritores discuten sus trabajos bajo la conducción de un escritor. Normalmente prestan una ayuda económica —bajo la forma de una bolsa durante el período de elaboración de determinada obra propuesta por el candidato— y una ayuda intelectual: los consejos y críticas que tanto el director del taller como los integrantes formulan a la lectura de partes de la obra en proceso. La objeción más reiterada es la relativa a la libertad del creador, a la posibilidad de que sea coartada su inclinación original y propia, a que tiendan al establecimiento de un dogma artístico o una medida de valor colectivo donde se diluye la capacidad inventiva y renovadora personal. Son obiecciones válidas, a tenerse en cuenta para la elección de los directores y de los integrantes, pero con las cautelas del caso pienso que podrían obviarse y que de ese modo dejarían expandirse sus virtudes: apoyo económico a jóvenes escritores quienes pueden carecer de los recursos necesarios para dedicarse profesionalmente a las letras, lo que tratándose de ciertos géneros —la novela— impone muchas horas de trabajo diario en períodos extensos (años); disminución de la soledad en que un joven escritor se desarrolla, muchas veces falto de las imprescindibles comunicaciones con colegas; asesoría para sortear dificultades en la redacción, para enterarse de las escuelas y movimientos literarios del pasado o del presente, etc.

3º El tercer campo de acción, inédito como el anterior, se refiere a una tarea que el Instituto de Letras debe cumplir para el conjunto de la población universitaria, y que podría llamarse, en modo quizás pretencioso, la formación de la conciencia artística e ideológica de los equipos universitarios. Se trata de un intento destinado a quebrar el concepto de profesionalización estricta y compartimentación de los conocimientos que distingue a nuestra Universidad, insertando en todos ellos un análisis interpretativo de los procesos de la sociedad entera, especialmente a través de sus imágenes artísticas y sus planteos ideológicos. Al mismo tiempo procura explicitar el destino de

una comunidad histórica, sus exigencias y cometidos, dotando a las élites intelectuales de sentido de responsabilidad y de una contextura filosófica, mediante los cuales reconocerse como parte de una sociedad y de su voluntad de realización.

Previamente anotemos que se puede establecer una distinción entre las ciencias naturales y las humanas por cuanto éstas, particularmente las letras y la filosofía, proponen una cosmovisión, una interpretación de las relaciones del hombre y una explicación de su funcionamiento dentro de la sociedad. Los valores artísticos e ideológicos que nutren a la sociedad cuentan con una contribución importante de las letras y por lo mismo ellas orientan hacia los fines que aquélla se propone. Conforman las grandes imágenes del país, del mundo, del más allá, del destino, porque, en una típica tarea que los sociólogos del conocimiento dirían utopista, generaron a lo largo de la historia las plasmaciones ideales convincentes del deber ser. Conforman también el entendimiento de la realidad explicándola a través de imágenes persuasivas y, en la acepción que le confiere Francisco Ayala, someten el aparential caos en que nos movemos a un orden signifiante: establecen distinto y posible realización, plenitud de vida, esfuerzo creativo, valores esenciales del vivir.

Esta función de las letras y de la filosofía fue reconocida y celebrada desde las épocas más remotas. Si pareciera que en el presente se ha restringido a un sector muy pequeño es simplemente porque el rápido crecimiento de la llamada cultura de masas —que sigue abasteciéndose de letras y pensamiento— no apela a las grandes fuentes intelectuales sino que se conforma voluntariamente con los valores inferiores. Pero aun detrás de los instrumentos de comunicación masiva que difunden la cultura kitsch encontraremos sistemas ideológicos y artísticos, puesto que ellos son indispensables para estructurar las creaciones —buenas o malas— y porque son reclamados ardientemente por el público.

Para el caso de la docencia universitaria se ha producido el mismo estrechamiento del cerco que comprobamos en los libros o en las artes plásticas. Hubo una época en que la escuela, el liceo, la Universidad, el libro y algunos periódicos

escritos fundamentalmente por universitarios, se encargaban de esa gran tarea, de tal modo que de facto era la Universidad quien proveía a la sociedad de las grandes ideas y las grandes imágenes nacionales. En la medida en que esto fue arrasado por el desarrollo vertiginoso del cine, la televisión, la radio, la gran prensa, todos ellos en manos de consorcios comerciales, a veces extranjeros, la acción de la Universidad ya no tocó a la sociedad e incluso no afectó radicalmente a sus propios miembros, puesto que éstos recibieron una dosis más alta de información y acondicionamiento por parte de los nuevos sistemas de comunicación. Todavía puede añadirse, para ensombrecer el cuadro, que varias actividades que la Universidad no cubría, porque espontáneamente las proveía el marco social —como ser las exploraciones de lo nacional a cargo de la literatura— han sido constreñidas por el avance de los estereotipos extranjeros que cine y televisión han difundido. En este último aspecto cabe reiterar que en todo el ciclo de estudios de un hombre uruguayo, desde la primaria hasta el postgrado, jamás encuentra un curso coherente y sistemático sobre las letras y las artes del país, y que los conocimientos de historia nacional de la mayoría de los profesionales no superan la patria vieja y los comienzos de la vida independiente.

Estas precisiones sobre la escasa incidencia del conocimiento nacional en los estudios universitarios puede encarecerse cuando se trata de la región a la cual el país pertenece, o el continente cultural en que está inscrito. En el tiempo de la integración económica, de las organizaciones regionales de comercio, de la discusión sobre la necesidad para toda pequeña nación de insertarse en vastas estructuras supranacionales, es poco lo que se ha planeado en el ámbito cultural, cosa que no sólo es urgente para el "background" de aquellos proyectos, sino para la misma supervivencia de la Universidad. En efecto, si un país tiene escasas posibilidades de desarrollo poderoso y rico, en esta época de grandes estructuras, sin asociarse a otros, menos posibilidades tendrán sus centros de docencia e investigación superior de alcanzar un alto nivel tanto académico como de utilaje sin incorporarse a planes supranacionales. Ideológica y culturalmente todo este sector de plan-

teos regionales ha sido muy desatendido, a pesar de que por él pasa el futuro inmediato de un progreso intelectual.

Si hubiera que buscar las causas de esta imprevisión en política cultural nacional y regional, nos volveríamos a encontrar con la insuficiente coordinación de los planes universitarios y los del país, comprobando una vez más la atonía por la cual pasa la sociedad uruguaya, trasuntada en una falta de orientación desde la esfera del poder, o en un tácito desacuerdo entre las orientaciones del poder político y las tesis que genera un recinto universitario. Nos parece evidente que el país no está dirigido, en el sentido de que no existe un proyecto coherente que interprete las necesidades nacionales en la presente circunstancia histórica, lo que abre el camino a una pluralidad de resoluciones improvisadas, a un eclecticismo cultural que es prescindencia de todo enjuiciamiento valorativo, a la conservación anacrónica de algunos principios o a repentinos golpes de timón que responden a meras incitaciones ocasionales de algunos sectores interesados.

La atonía y la ausencia de ideas claras sobre el deber ser presente son el campo propicio para el conservatismo comodón que se limita a mantener los valores estatuidos en otras épocas en una permanencia ya retórica. Acabamos de presenciar la exaltación nacional —desde el gobierno a la Universidad— de la personalidad y la obra de José E. Rodó. Al margen de todo análisis pormenorizado y aun reconociendo sus valores históricos, es obvio que ese pensamiento no representa las necesidades de la época actual y que resulta anacrónico proponer como modelo a nuestra sociedad el pensamiento ilustrado del novecentismo que se tipificó en el arielismo.

Educación no consiste en promover bellos productos literarios, sino que implica elegir y desechar, determinar una línea rectora, creer en ella y proponerla a una sociedad porque se estima que le es útil a su proceso creativo. Esa línea no puede ser la consecuencia de una estimación exclusivamente personal sino de una composición de fuerzas que interprete y facilite la obra social; su establecimiento debe contar con la participación apreciable de la intelectualidad universitaria. Significa fijar la ortodoxia social, cosa difícilísima, sin duda, en un

período que se caracteriza por la desintegración de las partes sociales que han entrado en pugna para imponer sus respectivas filosofías y sus concepciones económico-políticas. Aun al margen de esta lucha crucial —que decidirá la ortodoxia del mañana— la Universidad ha ido desarrollando una subrepticia imagen de los valores espirituales y de las estructuras sociales, que a veces entra en conflicto con las instancias del poder central, pero que más visiblemente interpreta el espíritu que animó el avance del país a lo largo de este siglo. Corresponde a una concepción democrática que se ha radicalizado por ser fiel a sus impulsos rectores y que promueve las modificaciones sustanciales que reclama la comunidad para facilitar su progreso.

En este sentido, como proposición para los cometidos del Instituto de Letras (y de Filosofía), ampliados probablemente con la participación de otros organismos, considero pertinente dotar de cursos humanísticos a todas las actividades de la Universidad y a lo largo de todos sus niveles. No se trata de insertar otra obligación más, con sus correspondientes exámenes y evaluaciones, dentro de los programas de suyo cargados de las distintas escuelas, sino más bien crear un campo de comunicación intelectual donde se nos pueda ofrecer una imagen coherente del pensamiento y el arte actual, de sus implicaciones nacionales y regionales, de las proposiciones ideológicas que comporta. Es trazar las coordenadas de una cosmovisión moderna que pone en funcionamiento muy distintas disciplinas (sociología, antropología, artes) pero que tiene sus manifestaciones más amplias y más eficaces sobre el conjunto de los hombres, a través de las letras. Si bien esta educación comportaría la trasmisión de las concepciones que ha ido desarrollando el pensamiento universitario, estaría lejos, como no puede ser de otro modo, de una cartilla dogmática. Procuraría mejor establecer la discusión viva de los problemas de la cultura, la participación real del estudiantado, para religar al educando a la sociedad a la cual pertenece no sólo en el plano de su preparación técnica o profesional, sino en el de su obligada inserción a la cultura nacional. Este último aspecto debe destacarse para tratar de frenar la pérdida de intelectuales en

beneficio de otras culturas. Mientras el país no les ofrezca las oportunidades de trabajo y realización personal a través de una sociedad creativa y en desarrollo —verdadero modo de detener la emigración de talentos— sólo se puede aspirar a una educación que valore el esfuerzo nacional, oponiéndose a la orientación general de las esferas de poder que desfibra tal concepto, un poco poniendo la esperanza en el futuro.

Preconizar esta acentuación de lo nacional no contradice lo dicho sobre la necesaria universalidad de los conocimientos y planteos académicos. Simplemente se trata de no olvidar la vital raíz nacional, la inserción del hombre (y el intelectual) en su circunstancia histórica y en su tradición, para integrarla en una perspectiva más amplia: partir de lo nacional, de su lección, para reencontrar la región, la época, las fuerzas modeladoras de la historia contemporánea, y no anegarse meramente en un cosmopolitismo que no es ninguna experiencia concreta de vida y de cultura.

4º El cuarto campo de acción del propuesto Instituto, tiene que ver con la difusión cultural destinada a la colectividad y no sólo a los equipos universitarios. Para situar el problema recordemos que son las ciencias humanas (y dentro de ellas las letras por su mayor radio y capacidad de contacto informacional) las que proponen una cosmovisión, una interpretación de las relaciones humanas y una explicación del funcionamiento del hombre dentro de la sociedad. Los valores artísticos e ideológicos que nutren a una sociedad son establecidos en buena parte mediante la literatura que proporciona las grandes imágenes convincentes de la comunidad y su destino, somete el aparental caos a un orden de sentido y propone opciones finalistas.

Esta función le viene de sus propios orígenes y ha tenido momentos de esplendor en la historia, cuando la literatura era prácticamente el único instrumento de poderoso alcance social.

Pero el desarrollo de la tecnología y el uso que se ha concedido a los instrumentos de comunicación de masas (diarios, revistas, radio, cine, televisión) ha relegado la literatura y en general toda la actividad adoctrinadora de la Universi-

dad así como los restantes centros docentes, a una función ancilar, apenas técnica, adiestradora de especialistas. Si hubo una época en que la Universidad y en sentido amplio la educación en sus diversos niveles, establecía los lineamientos básicos del pensamiento nacional, esa situación privilegiada, propia de la concepción dieciochesca, ha sido severamente corroida. Apenas si el sustrato empecinado de la educación primaria conserva un evidente valor formativo en la personalidad nacional. Del resto se encarga televisión, radio, cine, que son instrumentos donde la presencia nacional o regional es escasa, desmedrada y acantonada frecuentemente en los peores productos, y donde en cambio triunfan los grandes centros productores capaces de una tecnología avanzada: para nuestro país, Estados Unidos, Europa, rezagadamente la Unión Soviética.

En todo plan de difusión cultural amplio que encare la Universidad, organismo cuya Difusión ha sido siempre esporádica, discontinua, generosa pero carente de fuerzas y tesón, debe preverse la utilización de los sistemas de comunicación masivos y dentro de ellos el amplio sector que abarcan las letras. No como actividad separada, específica, exclusivamente, sino como componente de nuevos lenguajes, los audiovisuales o los diversos que se forjan dependiendo de los sistemas de comunicación nuevos. Esta participación es mera aplicación de las posibilidades muy ricas y de variada gama que caracterizan a las letras por esa función que definíamos en el apartado anterior, de ser capaces de constituir el cuerpo ideológico y simultáneamente la zona de mayor contacto entre un pensamiento ilustrado y la población del país.

Al cargen de esta cooperación en un proyecto mayor y sistemático de difusión cultural, capaz de contrabalancear la implacable deformación y desnacionalización (deslatinoamericanización deberíamos decir) que ejercen los medios de comunicación de masas, las letras tienen que ver en forma muy directa con un proyecto menor pero igualmente impostergable: el establecimiento de una editorial universitaria.

Hasta el presente la Universidad ha invertido cuantiosos recursos en publicaciones, dejándolas al arbitrio de los distintos Institutos o Facultades y sólo proponiéndose con muy

menguados caudales un organismo central destinado a la difusión. La falta de una coherente política editorial, la pesadez burocrática de las operaciones necesarias para editar, la carencia de equipos técnicos avezados en la materia, el modo desperdigado, a veces antojadizo, de las publicaciones técnicas, la ausencia de buenos instrumentos de centralización y comercialización de los libros, todo ha contribuido para llevar a un estado paradójico: la inversión millonaria que la Universidad hace en publicaciones (revistas, libros, etc.), sólo ella, sería capaz de permitir la fundación de una eficaz editorial que sirviera tanto a las necesidades internas del organismo, como a las de otros sectores docentes, en especial los de segundo nivel, y a la difusión popular.

Los conocidos ejemplos de grandes centros editoriales en el extranjero, como la Editorial Universitaria de Buenos Aires o el Fondo de Cultura Económica, han probado que es posible editar libros de alto nivel o de seria divulgación sin que ellos queden dentro de los archivos o haya que regalarlos. Es posible venderlos a precios equilibrados y aun bajos, es posible lograr una circulación internacional, es posible incidir por ese medio sobre la cultura de la población, modernizándola y acelerándola, es posible dar salida a la tarea de institutos y laboratorios y a la vez establecer el circuito de reciprocidad con otras universidades o casas de alta cultura. Para ello, sin necesidad de muchos más recursos de los actualmente afectados a este rubro, debe procederse a la creación de un organismo centralizador, administrativa y técnicamente autónomo, que aplique un plan editorial sistemático y coherente. Creo que a las letras les cabe una participación grande en tal empeño, no sólo en la aportación de títulos e investigaciones originales, sino también y sobre manera en la formación de los técnicos imprescindibles.

Los cuatro puntos anotados no agotan las posibilidades de un Instituto Central de Letras. Se limitan a apuntar en otras tantas direcciones benéficas para la cultura del país y para una Universidad renovada porque es en este campo, el de su propia renovación, donde nuestros órdenes docente, estudiantil y profesional están más retrasados y en mayor deuda con la nación.